R. MARIN

GEMINUS

Mi historia de vampiro

GEMINUS

MI HISTORIA DE VAMPIRO

Capítulo 1

La casa está aferrada a la colina como algo que no quiere caerse.

Abajo, lejos, el mar. Desde aquí no es más que un trozo de azul entre dos colinas. Pero se le oye. Un soplo lento, terco, que sube entre los olivos y los muros de piedra y llega hasta la ventana.

Dentro, el desorden de un hombre que no esperaba visitas. Papeles, un fuego que arde despacio, el olor de la leña. Y yo, sentado frente a la chimenea, con una pluma que ya no sé muy bien cómo sostener.

Me llamo Geminus.

Estamos en 2026 y tengo casi dos mil años. Digo casi porque hace mucho que dejé de contarlos con precisión. Los cumpleaños pierden parte de su encanto cuando has vivido tantos. Y además habría que saber qué día nací. Mi madre lo sabía. Yo no.

Mi madre sabía muchas cosas que he olvidado. Su voz, por ejemplo. Todavía podría deciros cómo pronunciaba mi nombre cuando estaba enfadada. Podría recuperar la entonación exacta. Pero su voz entera, no. Se fue yendo a pedazos. Una mañana, hace unos cuantos siglos, me di cuenta de que ya no recordaba su risa.

Esto es lo que nadie os cuenta sobre la inmortalidad. Os hablan de la sangre, de los colmillos, del sol. Nunca de lo que se olvida.

El sol, ya que hablamos de él, no me reduce a cenizas. Siento decepcionaros. Me quema, me agota y, si insisto lo suficiente, me hace arrepentirme de

haber salido. Pero puedo cruzar una calle a plena luz del día sin arder. Los hombres tienen mucha imaginación cuando se trata de vampiros. Tienen todavía más cuando se trata de sí mismos.

Nací cuando la noche aún olía a fuego y a aceite. Hoy los hombres le piden a una voz artificial que apague la luz por ellos. Tanto progreso para no tener que levantarse del sofá. Ahí es nada.

No me burlo de ellos de verdad. Bueno, sí. Un poco. Los quiero demasiado para despreciarlos. Probablemente ese sea mi problema. Siempre he querido demasiado a los seres humanos.

Sobre todo a las mujeres.

Una noche, hace mucho tiempo, serví el vino en la mesa de un hombre que acababa de mandar a otros diez mil a morir por un trozo de tierra. Se reía fuerte y hablaba de sus muertos como quien habla de la lluvia. Luego entró su mujer. Bajó la voz. Sin darse cuenta, como un niño al que pillan en falta.

El poder de los hombres lo he visto tomar ciudades. El de las mujeres lo he visto hacer bajar la voz a quienes las tomaban. Quizá también por eso las quiero tanto.

Y pese a todas las burradas de los hombres, en todo este tiempo, he visto suficiente amor para creer que, al final, será él quien los salve. Incluso después de tantas vidas, no he aprendido a dejar de amar.

Y sin embargo conozco el final. Lo he visto suficientes veces. El pelo cambia. Las manos también. Una mañana, la cara que has besado durante treinta años tiene marcas que no estaban ahí cuando la conociste. Luego llega el día en que la persona que amas cierra los ojos y no vuelve a abrirlos.

Yo me quedo.

Al principio pensaba que me acostumbraría. Era joven. Treinta y tres años. A esa edad morí. Y a esa edad decidió quedarse mi cuerpo.

A decir verdad, ya no es exactamente el mismo cuerpo que entonces. Quienes imaginan a los inmortales eternamente perfectos probablemente nunca se han roto un diente. Yo me he roto unos cuantos. Han probado conmigo cosas que desaconsejo vivamente a cualquiera que aprecie su mandíbula. Por suerte, los dentistas han mejorado mucho. Por fin un invento humano del que no me burlaré. Casi.

Nací frente a este mar. Hoy vuelve a estar frente a mí. El mismo, según dicen. No estoy seguro. Nada sigue siendo idéntico tanto tiempo. Ni siquiera el mar. Ni siquiera yo. Sobre todo yo.

Un ruido, fuera. Dejo de escribir.

Salgo. No se mueve nada. El camino, los escalones, los árboles negros. Un animal,

seguramente. De vez en cuando alguno sube hasta aquí, de noche. No soy el único que vela a estas horas.

Doy la vuelta a la casa, despacio. Luego me quedo un rato delante de la puerta, escuchando.

Dentro, el fuego ha bajado. Vuelvo a coger la pluma.

He vuelto porque he decidido morir. Ya lo había pensado otras veces. Esta vez creo que va en serio.

He dejado de beber. Por ahora, la sed todavía se soporta. Lo que más me preocupa son los recuerdos.

Anoche busqué la cara de mi padre. Recuerdo sus manos. El pulgar que recorría el borde de un ánfora antes de comprarla. Su voz cuando trataba con los mercaderes del puerto. Hasta el olor que traía a casa: sal, cuerdas y polvo de barro cocido. Pero su cara, no. Cerré los ojos. Nada.

Y por primera vez en mucho tiempo, tuve miedo. No de morir. De llevármelo conmigo.

Porque hay algo que entendí demasiado tarde. Cuando eres el último que recuerda a alguien, tu memoria ya no te pertenece solo a ti. También es un poco la última casa de esa persona.

Esa noche entendí que ya no podía esperar. Por eso, antes de olvidar, escribo. Y como hay que empezar por algún sitio, empiezo donde todo debería haber terminado. A la orilla del mar.

Tenía treinta y tres años. Estaba enamorado. Y quería morir.

El mar, en cambio, había decidido otra cosa.

* * *

Había perdido al amor de mi vida.

No escribiré su nombre. No porque quiera ocultarlo. Porque todavía no es el momento.

Su nombre todavía lo llevo conmigo. Intacto. Quizá sea la única palabra que el tiempo no ha conseguido arrancarme.

Es extraño lo que tanto tiempo le hace a la memoria. Elige sin pedirme opinión.

He intentado recuperar su cara. Cientos de veces. Cierro los ojos y busco. Sus ojos. ¿Eran verdes o azules? Me parece que cambiaban con la luz. Que a veces tenían el color del mar, y a veces el del cielo justo antes de anochecer. Pero ya no veo nada.

Recuerdo que tenía el pelo largo. Dorado, creo. El viento se lo echaba sobre la cara y ella lo apartaba con una mano, molesta. Recuerdo el gesto. No la cara que había detrás.

Sus labios. Sé que los besé. Eso es todo.

Recuerdo el instante antes del beso. Ese pequeño momento en que los dos sabíamos lo que iba a pasar y ya nadie necesitaba hablar. Recuerdo eso.

La espera. Pero su cara en ese instante, no. Se ha borrado.

Recuerdo su mano en la mía. Recuerdo lo feliz que era. Recuerdo todo lo que sentí. Nada de lo que vi.

Su nombre, en cambio, se ha quedado. Así que me agarro a él.

Dejo la pluma. La sed hace eso. No borra las cosas en el orden correcto. Se te lleva una cara y te deja un nombre que ya no puedes ponerle a nadie.

Odio no saber qué será lo próximo en irse.

Ella había muerto. Y yo no quería vivir sin ella.

Aquella mañana, pasé por delante del almacén de mi padre sin volver la cabeza. Las ánforas estaban alineadas delante de la puerta, como todas las mañanas. Mi madre me llamó desde el umbral. No me di la vuelta. No pensaba en el mañana. No pensaba en lo que iba a dejar atrás.

Solo pensaba en ella. En la que me había hecho feliz. En aquella con la que había imaginado el tiempo. Todavía no sabía lo importante que iba a llegar a ser el tiempo para mí.

Portus Delphini estaba allí. El mar estaba allí. Lo tenía delante desde niño. Había aprendido a respetarlo mucho antes de aprender a temer a los hombres. Podía estar en calma por la mañana y furioso unas horas después. Podía devolver a casa a los que se iban, o quedarse con ellos.

Aquel día estaba gris, bravo, golpeaba contra las rocas. Y yo quería que se quedara conmigo.

No quería que me salvaran. No quería una segunda oportunidad. No quería que nadie me explicara que el dolor pasaría. Quería ir adonde ella había ido.

Caminé hacia el agua.

Estaba convencido de que, unos minutos después, todo habría terminado.

Pero el mar no me quiso. Extraño destino.

* * *

¿Cómo he aguantado todo este tiempo? Haría falta otro libro. No tendré tiempo de escribirlo.

Me siento antiguo. No viejo. Antiguo. Como una moneda que alguien encuentra en la tierra y hace girar entre los dedos intentando entender de dónde viene. O como una lengua que ya nadie habla.

Y aquí estoy, al principio, escribiéndoos.

Mamá. Papá. Ojalá os hubiera escuchado. Ojalá... Quizá llevaría ya mucho tiempo con vosotros.

He empezado a escribir este libro. Y sí, conozco los libros sobre vampiros. Bram Stoker. Anne Rice. Sobre todo ella. La he leído y me ha encantado. Y luego he visto las películas.

¿Me he reconocido? No lo sé. Todos eran más guapos que yo.

Durante un tiempo pensé, yo también, en contar mi pasado en forma de entrevista. Luego lo dejé. Habría sido una repetición. Y yo tengo mi vida.

Así que descansa en paz, gran escritora. Déjame contar la mía.

Cierro el cuaderno. Parece una escena de película: el escritor que se levanta, que camina, que desaparece en la noche. Solo que soy yo.

Estoy frente a vuestra tumba, mamá, papá. No hay nadie. Son las cinco de la mañana.

El ruido de las olas llega hasta esta colina escondida entre las demás colinas, este lugar que elegí hace muchísimo tiempo. Después del mar. Después de que me rechazara.

La sed. La sed.

No lo recuerdo todo de aquellos primeros días. Pero recuerdo la quemazón. Eso sí. El cuerpo pidiendo algo que yo no entendía. Sangre.

¿Cuánto tardé en entender en qué me había convertido? ¿A cuánta gente maté antes de entenderlo? Ya no lo sé. Quizá sea mejor así. O quizá no.

Casi veinte siglos.

La sed vuelve. Más fuerte. Apoyo una mano en la piedra.

Me siento junto a ellos.

Me esperasteis toda vuestra vida. Después de mi desaparición, no quisisteis más hijos. Lo sé. Yo estaba allí. A unos pasos.

Y yo me quedé. Siglo tras siglo. Hice todo lo que pude para que este lugar siguiera escondido. Para que nadie os molestara. Para que nadie os alejara de mí.

Luego llegaron los arqueólogos. Cavaron. Y os encontraron. Así que volví.

He preparado mi tumba muy cerca. Junto a vosotros.

Esta vez, me quedo.

Y nadie volverá a tocarnos nunca.

GEMINUS

MI HISTORIA DE VAMPIRO

Capítulo 2

Los días fueron pasando después de lo de la tumba de mis padres.

Quedarme no significaba tumbarme allí arriba enseguida, sobre mi losa. Antes tenía que terminar este libro.

Hace mucho tiempo me dijeron que no podía morir. Quizá.

Así que seguí escribiendo. Los mismos papeles. La misma chimenea. Las mismas noches.

Mi casa está por encima de Portofino, lo bastante alta para que la carretera no llegue de

verdad hasta ella, lo bastante baja para que todavía note la sal en el aire cuando cambia el viento.

Desde fuera no parece gran cosa. Piedras grises, irregulares, un tejado de tejas curvas cubierto de musgo aquí y allá, unos postigos que han cambiado de color más veces de lo que se podría creer. Nada que llame la atención desde el mar.

Dentro, abajo, la sala grande que ya conocéis. Un pasillo estrecho lleva al despacho, y a esa habitación de al lado cuyo suelo nunca se rehízo con el resto, vete a saber por qué. Arriba, un dormitorio que hacía mucho que no usaba, porque ya casi no dormía, y una ventana que da al golfo, esa cuyo cristal agrietado no arreglaré nunca. Desde allí es desde donde mejor se ve el mar, a lo lejos.

La casa se ha reconstruido varias veces sobre los mismos cimientos. Cada vez he tenido que volver para mandarla arreglar. Otra vez. Y otra. Los muros han cambiado, las habitaciones se han

redistribuido, un ala ha desaparecido, ha aparecido otra. Solo queda la base, en algún sitio debajo de todo eso. Un poco como yo.

Estaba delante del fuego cuando oí pasos en el camino. Luego una llave en la cerradura.

Entró sin llamar. Es lo que pasa cuando aquí no se ha visto a nadie en cien años.

Empujó la puerta, dio dos pasos y me vio.

Se sobresaltó como si acabara de descubrir un fantasma en su propio salón.

—Perdone. Yo... la agencia me dijo que la casa estaba vacía.

Nunca anuncio mis llegadas. Cuestión de costumbre. Cuestión de supervivencia, también, en una época de mi vida en la que sobrevivir significaba no dejar nunca que nadie se instalara en una rutina conmigo.

Me dieron ganas de echarla. Una frase seca, dos palabras, y se iría con sus disculpas.

Y entonces me llegó su perfume. Nada extraordinario. Un jabón, quizá un poco de sal del mar que le quedaba en la piel. Y ella se metía solita en la boca del lobo. Mi sed se despertó de golpe.

El sol entraba por la ventana del fondo. Le caía sobre el pelo. Me quedé callado un instante de más.

Tenía esa clase de belleza que no se fabrica: la piel todavía llena de sangre que circula, las mejillas que se ponen rojas por motivos de verdad, una frescura que solo tienen los cuerpos que aún no han empezado a contar el tiempo, que todavía no han tenido nada que reparar.

Yo tengo una cara que se quedó en los treinta y tres años, pero no una cara intacta. Bajo la superficie están los dientes rotos y rehechos varias veces, a lo largo de los siglos y de los dentistas. Una juventud detenida, no una juventud nueva.

Ella sí era nueva. De esa manera insolente y provisional que solo pueden permitirse los que van a envejecer.

La envidiaba. Un poco. Mucho, algunos días.

—Usted es...

Buscó la palabra. ¿El propietario? ¿Un inquilino? ¿Un ladrón con la chimenea encendida y un aplomo muy raro?

—Estoy en mi casa —dije. Sin maldad. Lo justo para zanjar la pregunta.

Se puso roja, del cuello a las orejas.

—La agencia nunca me habló de usted. Me dijeron que cuidara la casa, que ventilara, que comprobara que no había daños después del invierno. Yo... ya volveré más tarde.

Retrocedió un paso. Y ahí es donde debería haberla dejado marcharse.

No lo hice.